

poesía

La palabra secreta



carlos garrido chalén

Poesía

LA PALABRA SECRETA

II Premio Nacional Sesquicentenario de Fundación de la
Universidad Nacional de Trujillo

Carlos Garrido Chalén

Reservados todos los derechos.

Carátula y Diagramación:
HUGO GARRIDO PUELL
LILIANA GARRIDO CHALEN
Foto contra Carátula:
SEGUNDO RIVASPLATA TEJADA

A la Memoria de Magdalena:
la abuela materna cuya ternura
crecieron nuestros sueños.

Mi gratitud para Víctor Luján Quezada, amigo grande,
que hizo posible, que estos secretos se conozcan.

“La Palabra Secreta” es un inspirado y telúrico poemario, en cuyo texto nos parece que el autor penetra por los caminos invisible de la creación artística hacia los círculos anímicos del hombre y tierra peruanos y americanos, desde los tiempos primigenios hasta los actuales y, con sentido de unicidad telúrico cósmico transita por los círculos concéntricos, que partiendo del punto generatriz van creciendo a identificarse con el mundo intrínseco y vital del continente pleno con el que el poeta plasma su identidad de peruano -americano mediante la no pronunciada, pero intuida, palabra secreta del elam vital”

Dr. Héctor Centurión Vallejo
Presidente de la Comisión del Sesquicentenario de la Fundación de
la Universidad Nacional de Trujillo.

TRUJILLO – PERÚ
1977

I

Este es mi cuaderno de bitácora:
en él, anoto en mi cuarto de guardia
todos los elementos que sirven
para llevar la estima
y mis observaciones de provocador
y de pirata.

(La vela del crucero
en el que me convierto
cuando amo,
es más chica que un spinnaker
y más grande que un genoa inacabable).

Soy, ese madero fuerte
que cruza los palos de través,
sobre los baos de las cofas:
uno por la cara de proa popa
y otro por la cara de popa del palo,
y me entiendo con los navegantes,
cuando tomo los barcos y sus mástiles.

Soy el nudo más sencillo
que viene a ser la vuelta que se forma
pasando el chicote de un cabo inexorable.
Abro el trigo para aprovechar su contenido
y sigo siendo velocidad retardada
por los ecos del destino.

Pero tengo mis propios cristales
y mis propias melodías,
y porque he sido huésped del Huascarán y del Huandoy,

conozco también de los fríos cicrones
que atraviesan las pestañas de los vientos.
Conozco las guirnaldas y las amapolas y también las hecatombes.
Soy un espermatozoide que se hizo grande
y habita procaz las tempestades,
un hombre que vive en los tejidos adiposos del suspiro milenario
y se hincha apasionado en las vertientes
de los viejos picos blancos.
La brújula de gobierno de mi buque la llevo en el alma.
Por eso bogo sin tolete ni estrobo
e invierto el giro normal de mis hélices cuando callo.
Me levanto en el vuelo de cada mariposa
y sé cómo se mueven en el cielo los ciclones.
Cuando la mar está agitada, me consulta.
Milito en las ranuras del maíz y el cafetal
porque es agraria mi esperanza
y respiro en los brotes del geranio
como un pistilo que madura el fuego de los años buenos.
Nací en el azimut mirando al alba
y no me importa que el tiempo se vuelva tormentoso
o se aborrasque o aborregue el cielo
o cubran de bruma las campanas.
Completo la estiba de mi buque con tus abarrotos
y amarro mi cabo en las bitas
de tu fragata que se atraganta de luna y de horizonte.
Pero no meto madera verde
a los hornos que multiplica el eco de mis agonías.
Mi oficio tiene la grandeza del Cuyurga, del Tucupina
y el Cacañan.
Se alza como el Huaylillas y el Amaro

por todos los silencios ausentes de palabras.
Por eso vivo alimentando los pastos
y recogiendo el polen de las flores más fragantes;
me gusta encontrar nuevos caminos,
romper la virginidad de los misterios.
Y aunque tengo mis propias caminatas
mi espera es parte de una espera milenaria.
Yo también se caminar por los prados y los bosques.
Soy el extremo superior de la caña del ancla donde va el arganeo
y por eso conozco a los pájaros por su trino
y sé de la melancolía de las cuculas y los sauces.
Mis angustias pertenecen también
a los nuevos y arcaicos jardineros que podaron la soledad.
Y porque tengo las mismas arrugas milenarias
de los amahuacas y los yaminahuas
siento la cuadratura de la escama en mis corrientes.
Con mi vela de estay navego con vientos francos
y suelo enternecerme.
Mi barco gira sobre tus amarras estando fondeado
y pongo mi chicote en tu cáncamo para sujetarme.
Estoy constituido por millones de voces proletarias
que le han perdido el miedo a los pantanos,
por eso, conozco la miseria y el lloro
de los indigentes del mundo
y de tanto introducir semillas
en los pliegues marrones del sembrado
he adquirido la indomitez campesina de los toyeris y los piros.
Y al cabo de tantos años de vivir cercenando las jactancias
de los cerros circunspectos,
sé que represento en el camino, al obrero que inunda su alma

de términos enormes.

Soy el hombre aterido de frío que atraviesa las punas
de los cóndores salvajes,
pero no quiero retroceder la lluvia para cultivar en la piedra
lo inaudito.

Salgo a buscar el día porque, en síntesis,
hablo del gigante ceramista y del surcador de incendios
que habita en mi pupila,
del indio eterno que arrastra en su recuerdo
la primitiva edad del nacimiento.

Porque en definitiva, ese es mi contorno y mi latido.
Cuando el tiempo es bochornoso y la atmósfera está cargada
de vapores,
como humo blanquecino originado por la calma,
a velocidad de buque me regreso.

II

He aprendido a caminar en la lágrima de la calandria
y como vela trapezoidal que se larga
en el cangrejo mayor de los buques de tres palos
y en el trinquete de los de dos
en circunstancias de malos tiempos, me estremezco.
En mí, viven los ecos de una clase humilde y laboriosa
y los fuegos de lamentos lejanos olvidados
que surcan los destinos del mundo y sus mañanas.
Nuestros corazones poseen la estatura
del continente rebelde,
la voz aborígen de una inca, azteca o araucana inspiración.
Y en nosotros se concentra la historia de furias insurrectas
que han teñido de alma a las naciones.
Por eso en el camino mi palabra tiene la longitud del dolor
y la dimensión del trueno en la tormenta
y porque es triste el hambre del minero, del agricultor
y del maestro,
mi mirada tiene el diámetro de la rabia esparcida
en la mitad de todos los espectros.
Y así observo cómo los años llegan inclementes a mutilar
la efímera lozanía de la edad que nos somete,
mientras la muerte nos llega en cada viento
y en cada litro de asco que bebemos.
He aprendido a transcurrir mientras amaina el tiempo,
vadeando en la neblina
quitando las relingas de las velas escorado por el viento
sin obedecer al timón, cuando amanece.

En el embate, cuando choca impetuoso el mar sobre mis costas
me entretengo.

Conozco el sufrir de los pututos y las quenas y el ronco tantán
de los curtidos jornaleros de Kanpur
en el encalladero: allí donde se encrespa el mar
y se engrilleta la dársena, el dique y las palmeras.
Me convierto entonces en un faro
para resguardarme de la marejada
en un espigón para avanzar hacia aguas profundas
como un embarcadero.

Al fi nal, soy el rastro que deja la navegación del barco
al mover las aguas y yo mismo me consuelo.

Vivo al garete en las vertientes de los farallones
con mis faroles que ni el viento ni la lluvia
pueden apagar cuando anochece.

Y sigo pensando en los viejos carpinteros
que se llevó el sereno,

en los golondrinos de la tartamuda risa
que buscan en los frutos del campo la alegría.

Y por eso vivo intensamente.

Sé, que empiezo a domesticar como grumete

los aires que inhalan las gaviotas

y soy el golpe que dan las velas

contra los mástiles y las jarcias

por efecto del viento y las trompetas;

el cable que va de proa a popa por ambas bordas

sostenido por eternos candeleros:

los cabos que sujetan la caña del timón de todas las barcazas.

En el escarceo, las corrientes encontradas

van hacia mi meridiano magnético para entretenerse

y en ese mascarón, sobre el tajamar
se amarinan mis silencios.

Y el mundo empieza a resucitar sus dinosaurios
y sus viejos castillos
de fantasmas que ululan y nos llenan de pena.

Y el hombre
continúa elevando sus huaynos en la tarde,
hablando de la máquina y el corcho de mil sueños
que llegan con tardanza al cerebelo.

Y es supremamente honda la tristeza del geranio
honda la ansiedad de los pueblos
que inflaman la idea de libertad y de justicia.

¿Y ya ven?

América sigue levantando los rituales de la tarde y la mañana.

Incorporando a su timidez prematura
los flamantes himnos marciales de la alondra.
Y el autóctono, ese antiguo cazador de magias
que vive en cada nuevo corazón
comienza a desterrar del meridiano
los taimados sarcasmos del silencio.

Orzo más allá de la ceñida ardiente
de manera tal que los grátiles de tus velas
comienzan a recibir viento por su lúa
y con mi compás de mano le marco un As de oro a la alegría.

En mi euritmia se estiban secretos específicos
y a veces soy una grúa
destinada a levantar los bultos de la nada:
la pitarrasa, el instrumento de calafate
para introducir la estopa en las costuras a golpe de mandarria.

Al sur de mis portillos vaga mi alma
y se llena de atardecer en las barandas.
Por eso, soy un barco que vira en redondo hasta empopar
y cae en la otra amura trasluchando.
Y navego contra la corriente
y en la creciente de las mareas me hago tarde.
Me cuido de las puntas de arena bajo el agua y con los arrecifes
me contagio.
Presiento la existencia de la vida
más allá de la ruta argumental de los compases
y entre la línea de crujía y el meridiano celeste me desplazo.
Al final soy un dique avanzado fuera de puerto
que en pleno alunamiento, me comporto así, para abrigarlo.
Me llama la atención el canto marinero de los que trabajan en
conjunto
para hacer más poderoso el esfuerzo que contagian.
El viento que sopla desde la costa al mar durante la noche
conoce mis secretos de tifón y todos mis tinglados
y sabe que a veces, soy ese marinero que está de centinela
en un sitio de la arboladura más alto que la cofa
desde donde converso con el Hacedor subido en sus pináculos.
Doy vueltas para levar anclas y cambiar de rumbo
y soy un barco que navega de ceñida
virando de vez en cuando para ganar barlovento en el ceñir
sin riesgos de abordaje.
El hambre se aglutina en las gargantas reseca del labriego
y entonces surge la increpación de las luciérnagas en las oscuras
noches;
y una danza inquisitoria comienza a martillar ceñida
en las amuras

y es inmarcesible la constancia de las viejas palabras
que inundan de ternura los rostros del camino y sus andares.

Entonces, soy un nudo útil para unir dos cabos
de distinta mena.

El silencio construye otros silencios
en medio del silencio callado de una boca muerta
y ya ven, este es mi trece y mi catorce, mi contorno
y mi dintorno
y aunque tengo enajenados los meñiques y las cejas
soy una habitación de glóbulos cercados por una piel de viento
inacabable.

Pero camino con mis propios pies y danzando mis propias
marineras.

Pertenezco al arado que violenta la arena de los campos exacto
en novilunio.

Soy cualquiera de esos hombres que atraviesan la calle
en busca de algo
y en el nadir o en el cenit,
le digo a las palomas que las amo.

III

Y sigo interpelando a las ausencias en el fondo,
edificando sobre un radio de ternura mis palabras
y buscando el día para definir la oscuridad
y el presagio inacabable.

Porque ésta es una epidermis
multiplicada por los vientos del hierro y la mortaja
y aquí, los conceptos adquieren
la propulsión del mortero en cada labio
y es perceptible la tremenda inocencia de pampero de la tarde.

Porque esta es América sin duda:
la piel soberbia de las toscas chacotas capullanas,
y porque aquí, nacieron los yungas y los cotos,
esta es la geografía del rancho y el chubasco.
Este es el Continente del jamelgo que menstruaron por siglos
los zanguangos.

Y como somos parte de las nuevas jalcas encendidas,
conocemos el ritual de las calandrias.
He cumplido veintitantos años de muerto y este es mi cadáver,
mi fundido esqueleto
y aún conservo en las cóncavas urnas la mirada endurecida
de un ojo bizco de tanto mirar a su sepulcro,
mas, en conclusión, porque laten aún mis esternones
soy un muerto con ínfulas de vivo.

Mas no me quejo: este es mi cajón. Esta es mi caja de cadenas
el receptáculo donde se estiba la cadena del ancla cuando se leva
y entre la roda y la mampara de colisión y la cabuyería
musita el alba.

Me despeño de vez en cuando, me agarro de mí mismo
para no vivirme

y aunque sé que discutirán mi muerte las arañas,
habrá quien en el fondo admitirá que sí estoy muerto.

Por eso este es mi pedazo de ausencia,
mi vacío exacto, mi generación de huesos ecuménicos
que danzan la melancolía de estar muertos.

Pero no importa:

la navegación de tu barco y de mi buque se hace a cabotaje.

Y mientras el hombre llora la alegría de ser hombre
el mundo concatena los sueños aéreos de las palmas
y nos duele el sabor del mito y el recuento, el dolor de la acequia,
la yegua y la falange.

Fuerzas hondas que surcan la demencia del musgo se aparecen,
y el viento es un incendio invisible que trepa la audacia de la tarde.

El aire tiene el olor de chinchorro y el añaz en sus esquirlas
y es hasta animal la bulla de las ramas del ornambo.

Animal el aroma embarazado del romero, la unquia y el amarro,
animal la náusea de la malva, el marrubio y el chivato.

Porque este, es un camino que aún no pisa el caminante.

Y si alguna vez el sonido tiene el centimetraje de la ausencia
es porque ésta es la voz de la palabra secreta e inventada
por los que aún no nacen.

La palabra pronunciada por los mudos
y la vocal purgada que hinca los tímpanos del sordo,
ganando todas las batallas.

Por todo quiero reflejar la extensión de la distancia en cada risa,
y la serenidad del labriego que se duerme para mirar por dentro
los mangales.

Entonces es intrépido el registro del caudal bajo los puentes.

e insospechado el trasnochar de los búhos asaz en los nogales.
Porque el mundo, de tanto curvares, se ha ensuciado de espacio,
de oscuridad,
y verbos de otros mundos declaran insaciable
la voz de los sarcasmos.
De vez en cuando vuelvo a mí, para mirarme
y me encuentro a ratos tendido sobre mi propia fantasía
buscando los hilos que mueven los cristales,
hundido en una muerte que se resiste a mis tómbolas y lustros
y porque tengo la piel del campo y los zorzales
soy plural como ese obrero que une su brazo a otro brazo,
y mi palabra es el recurso sobre el que creció, lanzando aleluyas,
la esperanza

Este libro de terminó de imprimir en los talleres gráficos de la Imprenta de Fomento del Saber
Americano IMFOSA S.I.R. LTDA.
El 25 de Enero de 1977

La creación literaria es en sí una arbitraria conjunción: tiene inúmeros factores pero sólo algunos valederos: la terquedad, el amor propio, la imaginación. Carlos Garrido Chalén, joven carismático y apasionado, posee desde adolescente esos factores. Y los utiliza a perfección.

El trajín de Carlos es firme y ascendente. En cada arremetida que da contra la mediocridad sabe blandir sus mejores recursos y las consecuencias son obvias: cuatro poemarios que lo catalogan como el mejor poeta vivo de Trujillo: “Informes y contiendas”, “Llamado a la llamarada”, “En pie de guerra” y “La palabra secreta” que justifica este comentario. Inéditos, pero ya con un vigoroso destino propio, esperan su enfrentamiento con la imprenta: “Doce ceremonias para un solo encuentro”, “Ritual para un Continente”, “Oración para la mujer americana”.

Quizá sea precipitado, torpe, avenida, detallar los galardones que el poeta ha logrado. Pero en literatura como en cualquier otra actividad, los hechos son irrefutables. Y Garrido Chalén tiene en su haber óptimos hechos: Premio de Poesía “Juegos Florales Escuela Normal José Antonio Encinas” 1968, Premio Nor Peruano de Poesía 1969, Premio Regional de Poesía 1970, II Premio Nacional “Sesquicentenario de Fundación de la Universidad Nacional de Trujillo” 1974.

Tenemos fe en Carlos. Cualquier hombre que a su escasa edad haya logrado dominar el idioma y las ideas como él lo está haciendo, es, irrefutablemente, un gran poeta. El resto, su consagración a mayores niveles del timorato ambiente local, lo dejamos a merced de su talento y el tiempo.

SANTIAGO MERINO ACEVEDO

Premio Nacional de Cuento

Mención Casa de las Américas de Cuba 1974

Trujillo 20.01.07

